



LIBRO SEGUNDO

14 DE JULIO.—6 DE OCTUBRE DE 1789

CAPITULO PRIMERO

La Paz falsa

Versalles, el 14 de Julio.—El rey en la Asamblea el 15 de Julio.—Duelo y miseria de París.—Diputación de la Asamblea en la ciudad de París el 15 de Julio.—La paz falsa.—El rey va á París el 17 de Julio.—Primera emigración: Artois, Condé, Polignac, etc.—Soledad del rey.

La Asamblea pasó todo el día 14 entre dos temores, las violencias de la corte y las violencias de París con los incidentes de una insurrección, acaso desgraciada, que mataría la libertad. Se escuchaban todos los rumores, se ponía el oído en tierra y se creía percibir el eco de un cañoneo lejano.

Este movimiento podía ser el último; muchos querían que con toda rapidez quedaran acordadas las bases de la constitución para que, si la Asamblea era dispersada y destruída, dejara este testamento, esta luz para guiar la resistencia y señalar el camino del porvenir.

La corte organizaba el ataque; pocas cosas faltaban para la ejecución. A las dos todavía ordenaba Berthier algunos detalles en la Escuela Militar. Su suegro, Foulon, subministro de la Guerra, ordenaba los preparativos en Versalles. Aquella noche París debía ser atacado por siete lados á la vez. En consejo se discutía la lista de los diputados que serían presos aquella noche, se señalaba á otros para ser proscritos y algunos eran exceptuados. M. de Breteuil defendía la inocencia de Bailly. La reina y madama de Polignac, iban entretanto á la Orangerie á animar á las tropas, á hacer repartir vino á los soldados, que formaban grupos y bailaban. Para completar la embriaguez, Polignac, la hermosa entre las hermosas, llevaba á su casa á los oficiales, les obsequiaba con licores y los

perturbaba con sus dulces palabras y sus miradas... Una vez lanzados aquellos ciegos, la noche hubiera sido sangrienta... Se interceptaron cartas suyas donde escribían: «Marchamos contra el enemigo...» ¿Quién era el enemigo? La Ley y Francia.

De pronto una nube de polvo aparece en la carretera de París; es un grupo de caballeros que vienen á galope tendido; es el príncipe de Lambesc con todos sus oficiales, que huye del pueblo de París. Pero encuentra allí al pueblo de Versalles; si no hubiera sido por temor de herir á los otros, la gente hubiera disparado contra el príncipe.

Llega M. de Noailles: «La Bastilla ha sido tomada.» Llega M. de Wimpfen: «El gobernador ha sido muerto. Murió como debía.» Dos emisarios de los electores llegan después y exponen á la Asamblea el escandaloso estado de París. La Asamblea se indigna, se invoca la venganza de Dios y de los hombres para la corte y sus ministros. «¡Cabezas!, grita Mirabeau. Necesitamos la de M. de Broglie.»

Una diputación de la Asamblea va á buscar al rey y no obtiene de él más que palabras equívocas. El rey envía oficiales para que tomen el mando de la milicia burguesa... Ordena á las tropas del Campo de Marte replegarse... Movimiento muy oportuno para el ataque general.

Indignación de la Asamblea, griterío, envío de una nueva comisión... «El corazón del rey está destrozado, pero no puede hacer más.»

Luis XVI, cuya debilidad se ha deplorado tanto, tenía aquel día la apariencia de una firmeza deplorable.

Berthier había ido á Versalles y estaba á su lado; le animaba, le decía que todo lo ocurrido era poca cosa. En la turbación y desorden en que París se encontraba, había todavía medios para el gran ataque de la noche. En esto se supo que París se preparaba, que organizaba sus centinelas, que había colocado cañones en Mont-martre que cubrían la Ciudadela y tenían en jaque á Saint-Denis.

Vacilando entre los informes contradictorios, el rey no dió ninguna orden y, fiel á sus costumbres, se acostó temprano. El duque de Liancourt, que por razón de su cargo entraba en la cámara regia á cualquier hora del día ó de la noche, no quiso dejar perecer al rey en su apatía é ignorancia. Le explicó el peligro que corría, la importancia del movimiento, su irresistible fuerza que debía aceptar, le recomendó que se atrajera al duque de Orleans, que se acercara á la Asamblea... Luis XVI, mal despierto (pasó su vida amodorrado), exclamó: «¿Pero qué? ¿es un motín?—Señor, ¡es una revolución!»

El rey no ocultaba nada á la reina; se supo todo en casa del conde de Artois. Sus servidores tuvieron miedo; la realeza podía salvarse á expensas suyas. Uno de aquéllos, que conocía bien al príncipe, le asedió por su lado flaco; por el miedo. Le dijo que estaba proscrito del Palais-Royal, como Flesselles y de Launay, que podía calmar los espíritus uniéndose al rey en la política popular que la necesidad de los tiempos imponía. El mismo individuo, que era diputado, corrió á la Asamblea (era

media noche) y encontró al bueno de Bailly, que no se atrevía á irse á dormir, y le pidió de parte del príncipe un discurso que el rey pudiera pronunciar al día siguiente.

Alguien había en Versalles más afligido y azorado que nadie. El duque de Orleans. El 12 de Julio, en busto, había sido paseado en triunfo y luego brutalmente destrozado. Todo concluyó allí. Nadie se conmovió. El 13 algunos hablaron de nombrarle general; pero aquel pueblo estaba

LA SÁTIRA DE LA REVOLUCIÓN



LA HIDRA DE LA TIRANÍA

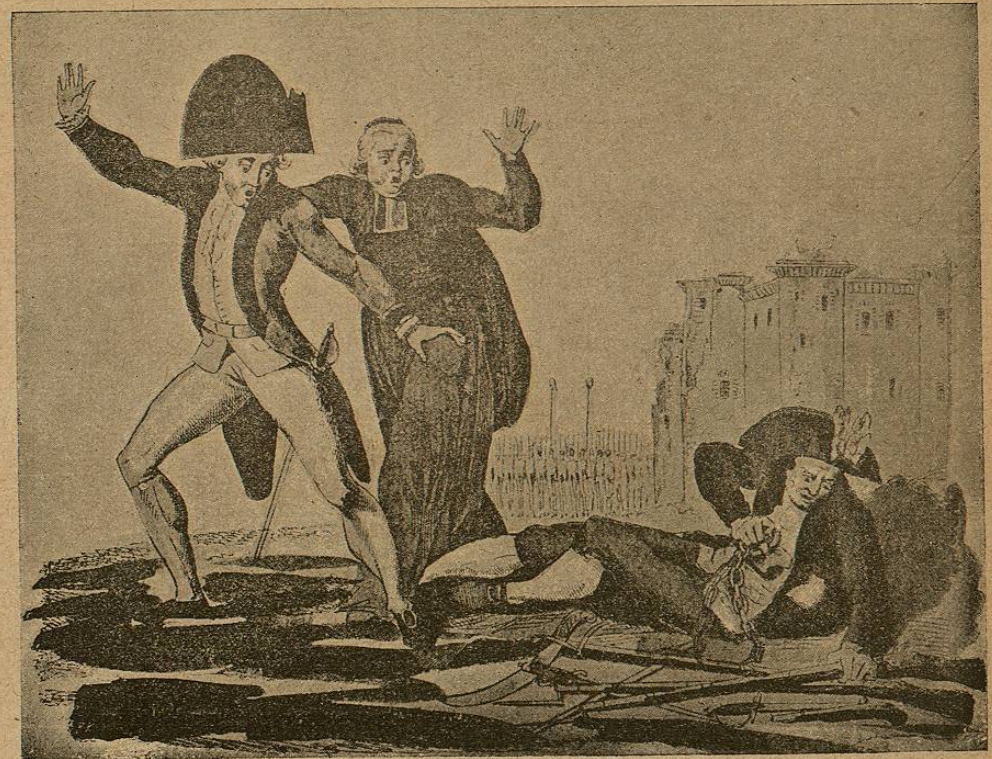
Lámina en colores publicada en París á raíz de la toma de la Bastilla. La tiranía, espantable monstruo de cien cabezas, intenta devorar al pueblo. Los ciudadanos van cortando sus cabezas, que caen en montón. En el fondo se ve á los nobles que huyen.

como sordo, no oía ni entendía lo que no quería oír. El 14 por la mañana, madama de Genlis tuvo la increíble audacia de enviar su Pamela con un lacayo rojo al lugar del tumulto. Alguno dijo: «¿No es esta la reina?» Y nadie hizo caso... Todas las bajas intrigas cayeron en el vacío en aquel inmenso movimiento; todo interés mezquino y miserable pereció en el empuje de aquel movimiento sagrado.

El pobre duque de Orleans fué en la mañana del 15 al castillo para entrar en consejo. Pero se quedó á la puerta. Esperó un rato y luego escribió al rey, no para pedir la intendencia general ni para ofrecer su mediación (como estaba convenido entre él, Mirabeau y otros), sino para

asegurar al rey que si los tiempos continuaban alborotados se iría á Inglaterra. Durante todo el día no se movió de la Asamblea y por la noche fué al castillo; contra las acusaciones de complot, el príncipe probaba la coartada, se lavaba las manos en la toma de la Bastilla. Mirabeau, cuando lo supo, se puso furioso, y desde entonces se alejó de él, diciendo: «Es un eunuco para el erímen. ¡Quisiera, pero no puede!»

LA SÁTIRA DE LA REVOLUCIÓN



EL DESPERTAR DEL PUEBLO

Este grabado se publicó en París á los pocos días de la toma de la Bastilla. Representa al pueblo (el tercer Estado) despertando de su sueño de siglos para destruir la tiranía. Un cura y un noble (los otros dos Estados) huyen al ver que se incorpora el personaje que simboliza el pueblo y al cual se le llama en el grabado Juan el Pobre Hombre. En el fondo la Bastilla que comienza á ser destruída.

El hombre del duque de Orleans, Sillery-Genlis, mientras el duque hacía antesala á la puerta del Consejo, trabajaba para vengarle; leía y hacía adoptar un insidioso proyecto que aminoraría seguramente el efecto de la visita del rey, quitarle la sensación de lo imprevisto, helar de antemano todos los corazones, evitar cualquier entusiasmo que pudiera nacer: «Venid, Señor, vuestra majestad verá la consternación de la Asamblea, pero acaso su calma y serenidad os extrañen...» Y al mismo

tiempo anunciaba que las harinas que iban destinadas á París habían sido detenidas en Sevres... «¿Qué ocurrirá cuando esta noticia sea conocida en la capital!»

Mirabeau tuvo para él una hermosa respuesta. Dirigiéndose á los diputados que iban á ir á ver al rey, dijo: «Pues bien, decid al rey que las hordas extranjeras de que estamos rodeados han recibido ayer la visita de los príncipes y las princesas, de los favoritos y las favoritas, y sus caricias, y sus exhortaciones, y sus regalos. Decidle que durante toda la noche, estos satélites extranjeros, ahitos de vino y de oro, han predicho en sus cantos impíos el arrasamiento de Francia y su servidumbre y que sus votos brutales invocaban la destrucción de la Asamblea nacional. Decidle que en su palacio mismo, los cortesanos han unido sus bailes al son de una música bárbara, ¡y que tales fueron los preliminares de la Saint-Barthélemy!... Decidle que aquel Enrique, cuya memoria bendice el universo, aquel de sus abuelos á quien quería tomar por modelo, hacía pasar víveres á París amotinado, que él sitiaba en persona y que sus feroces consejeros hacen detener las harinas que el comercio lleva á París hambriento y fiel.»

La diputación sale, pero he aquí al rey que llega, entra sin guardias, con sus hermanos. Da algunos pasos en la sala, é inesperadamente, frente á la Asamblea, anuncia que ha dado orden á las tropas de alejarse de París á Versalles é invita á la Asamblea á comunicar la noticia á París... ¡Demasiado sabe que su palabra será poco creída si la Asamblea no asegura que el rey no ha mentado!... Luego agrega una frase más noble, más hábil: «Se han atrevido á propalar que vuestras personas no estaban seguras. ¿Será necesario que yo hable de estos culpables rumores, desmentidos de antemano por mi carácter bien conocido? Pues bien, aquí estoy, yo que soy uno solo con la nación, yo que me entrego á vosotros y en vosotros confío.»

Alejar las tropas de París y de Versalles sin indicar la distancia, era una promesa oscura, equívoca, medianamente tranquilizadora. Pero la Asamblea estaba tan alarmada de la inmensidad oscura que se entreabría ante ella, sentía tal necesidad de orden y de reposo, que se mostró crédula y entusiasta para el rey, hasta el punto de olvidar lo que á sí misma se debía.

Todos se precipitan de sus asientos y le siguen. El rey vuelve á pié al castillo. La Asamblea, el pueblo le rodean, le estrujan; el rey, atravesando la zona tórrida de la plaza de Armas, no puede resistir el calor y varios diputados, el duque de Orleans entre ellos, hacen una cadena alrededor de él, librándole de toda molestia. A la llegada la música toca la canción: «¿Dónde se puede estar mejor que en el seno de la familia?» Familia demasiado limitada. El pueblo no entra allí; ante él cierran las puertas. El rey ordena que se abran de nuevo, pero se excusa de recibir á los diputados que quieren verle todavía, pretextando que va á dar gracias á Dios. La reina aparece en el balcón con sus hijos y los del

conde de Artois, mostrando una alegría desconfiada, no sabiendo qué pensar de aquel entusiasmo tan poco merecido.

Versalles se inundaba de alegría. París, á pesar de su victoria, estaba lleno de alarma y tristeza. Se enterraron los muertos. Muchos de ellos dejaban familias numerosas sin recursos. Los que no tenían familias fueron llevados á la fosa por sus compañeros. Habían puesto un sombrero en el suelo al lado de uno de los muertos y decían á los transeuntes: «¡Señor, para este pobre diablo que se ha hecho matar por la nación!; ¡señora, para este pobre diablo que se ha hecho matar por la nación!...» ¡Humilde y sencilla oración fúnebre para aquellos hombres cuya muerte había dado vida á Francia...

Todo el mundo guardando á París, haciendo servicio militar y nadie trabajaba. Ninguna obra ni taller abierto. Pocas subsistencias y caras. El municipio aseguraba que París tenía víveres para quince días y apenas tenía para tres. Fué preciso ordenar un impuesto para mantener los pobres. Las harinas eran detenidas por las tropas en Sevres y en Saint-Denis. Dos nuevos regimientos llegaron á la vez que prometía el rey el alejamiento de las tropas. Los húsares entraban á hacer reconocimientos en los alrededores y en las murallas. Circuló el rumor de que se había intentado sorprender la Bastilla. Las alarmas eran tales, que á las dos el comité de electores no puede negar al pueblo una orden para levantar barricadas en París.

A esta misma hora llega un hombre, apresurado, anhelante, con apariencias de venir enfermo... Viene corriendo desde Sevres, donde las tropas querían detenerlo... «Todo ha concluído: la Revolución ha concluído; el rey ha ido á la Asamblea y ha dicho: «A vosotros me fio...» Cien diputados salen en este momento de Versalles enviados por la Asamblea á la ciudad de París.»

Estos diputados se pusieron en seguida en camino. Por no tardar, Bailly no quiso ni comer. Los electores apenas tienen tiempo de correr á su encuentro como estaban, sucios y en desorden, después de varias noches sin acostarse. Se quiso hacer salvas, pero el cañón estaba en batería y no pudieron traerlo. No eran necesarias para solemnizar la fiesta. París estaba bastante hermoso con su sol de Julio, su tumulto, su gran pueblo armado. Los cien diputados, precedidos de guardias franceses, de los suizos, de oficiales de la milicia ciudadana, de los comisionados, de los electores, avanzaban por la calle Saint-Honoré al son de trompetas... Todos los brazos se extendían hacia ellos... De todas las ventanas llovían bendiciones, flores y en todos los ojos había lágrimas...

¡La Asamblea nacional y el pueblo de París, el juramento del Juego de Pelota y la toma de la Bastilla y la victoria, se abrazaban!

Muchos diputados besaron llorando las banderas de los guardias franceses: «¡Banderas de la patria!—decían—¡banderas de la libertad!»

Llegados al Hotel de Ville, se hizo sentar en la plataforma á Lafayette, Bailly, el arzobispo de París, Sieyes y Clermont-Tonnerre. La-

La Grève era la plaza del Hotel de Ville

fayette habló fría y sabiamente; luego Lally-Tollendal con su tono irlandés y sus lágrimas prontas á salir. Allí mismo, en la Grève, en aquella plaza que se extendía ante el Hotel de Ville, el antiguo régimen treinta años antes había decapitado al padre de Lally; su discurso, de honda ternura, no fué más que una amnistía del antiguo régimen, amnistía verdaderamente prematura, puesto que el antiguo régimen tenía todavía á París rodeado de tropas.

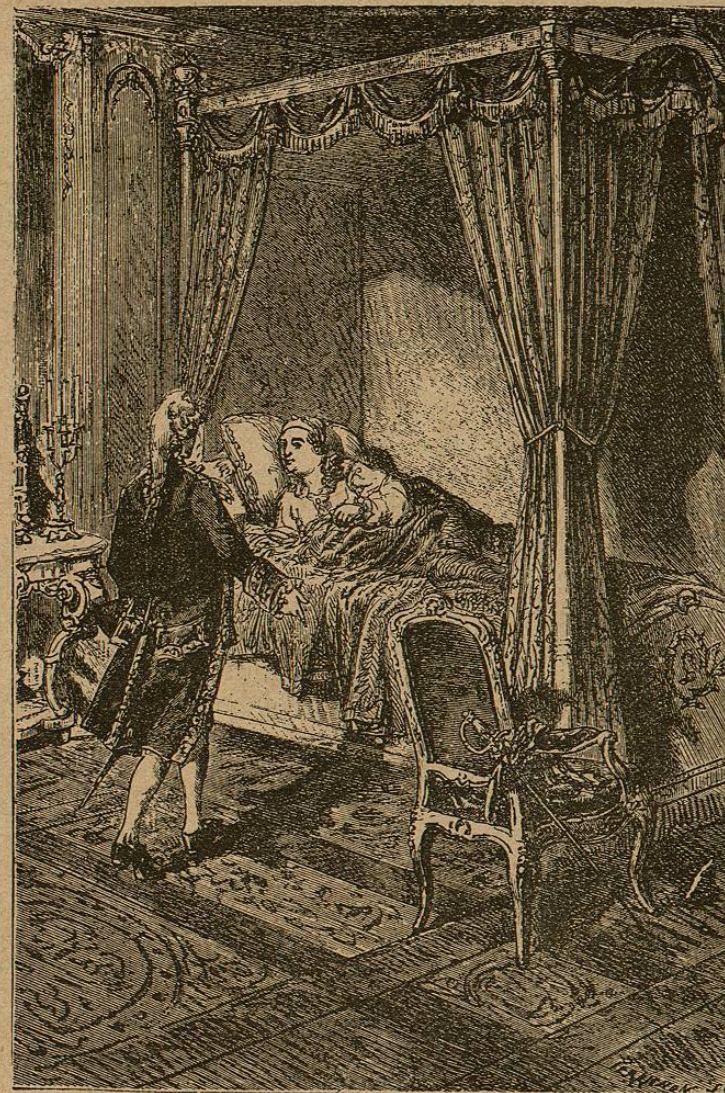
Aquella ternura se difundió en la reunión de burgueses del Hotel de Ville. «El más gordo de los hombres sentimentales», como se llamaba á Lally, fué coronado de flores, conducido á viva fuerza á una ventana y enseñado á la multitud... Resistiendo cuanto podía, puso la corona en la frente de Bailly, primer presidente que había tenido la Asamblea nacional. Bailly la rechazó también, pero fué retenida en su cabeza por la mano del arzobispo... Extraño espectáculo, que demostraba lo falso de aquella situación. El presidente del Juego de Pelota fué coronado por el prelado que aconsejó el golpe de Estado y que obligó á París á vencer... La contradicción fué tan poco notada, que el arzobispo no temió proponer un *Te Deum* y consiguió que todos le siguieran á la iglesia de *Notre Dame*... Hubiera sido mucho mejor que hubiera dicho un *De Profundis* por las almas de los muertos que había causado.

A pesar de la emoción general, el pueblo permanece en su admirable buen sentido. No soporta voluntariamente que se olvide su victoria. Esto no era ni justo ni útil; preciso es decirlo. La victoria no era bastante completa para sacrificarla y olvidarla tan pronto. El efecto moral había sido inmenso, pero el resultado material débil é incierto todavía. Desde la calle Saint-Honoré la guardia ciudadana (entonces formada por todo el pueblo) lleva delante de los diputados, al son de marchas militares, al guardia francés que fué el primero en detener y apresar al gobernador de la Bastilla; era conducido en triunfo, coronado de laureles en el mismo coche de Launay, luciendo en el pecho la cruz de San Luis que el pueblo arrancó al carcelero para otorgársela á su vencedor... La mostraba orgullosamente sobre el pecho... La multitud aplaude, los diputados aplauden también, aprobando así lo que se había hecho la víspera.

Otro incidente más claro todavía: En uno de los discursos que se pronunciaron en el Hotel de Ville, M. de Liancourt, buen hombre, pero aturdido, dijo que el rey *perdonaba* voluntariamente á los guardias franceses. Muchos de ellos que estaban allí protestaron, y uno de ellos dijo: «No tiene nadie nada que perdonarnos. Sirviendo á la nación servimos al rey; los propósitos que él mismo manifiesta hoy, demuestran bien claramente á Francia que acaso nosotros solamente hemos sido fieles al rey y á la patria.»

Bailly es proclamado alcalde y Lafayette comandante de la milicia ciudadana. Marchan al *Te Deum*. El arzobispo daba el brazo al bravo cura Lefevre, que había guardado y distribuido la pólvora, que salía

ahora por primera vez de su antro y estaba todavía negro y sucio. Bailly, conducido del brazo también por Hullin, era aplaudido, rodeado, oprimido por la multitud. Cuatro soldados le seguían; á pesar de la ale-



«¿Pero qué? ¿es un motín?» — Señor, ¿es una revolución! (Pág. 155)

gría de aquel día y del honor inesperado de su nueva posición, no pudo sustraerse al pensamiento «de que parecía un hombre conducido á una prisión...» ¡Si hubiera podido prever mejor, hubiera tenido razón diciendo que le conducían á la muerte!